

EL PASADO VIENE A VERME

Una hora, diez minutos y cinco segundos es el tiempo que llevo enterrado a un metro de profundidad, presenciando cada segundo que transcurre cómo la muerte va acercando sus fauces y va adormeciendo a su paso todos mis sentidos. Lo más probable es que os estéis preguntando qué diantres hace este tío metido en un ataúd si todavía puede respirar. “Todavía”, esa es la clave. Seguro que estáis deseosos de saber cómo he llegado aquí, y si no, no importa, os lo relataré igualmente.

Perdonad mi descortesía, antes me presentaré. Me conocerán como Alberto Carrero. A mis cuarenta y dos años soy investigador de profesión y un amante del conocimiento en mi tiempo libre.

Bien, todo comenzó un viernes por la noche. A esas horas, los únicos desgraciados que se encontraban en la comandancia de la Guardia Civil en Santoña, éramos los de siempre, una media docena de policías deseosos de irse a casa con sus familias, Juanjo (nuestro conserje sexagenario) y yo. Oh, casi me olvido, no estaba solo, sino acompañado por mi fiel becario Rodrigo Castro. Juntos resolvíamos los casos más enrevesados. Éramos como Sherlock y Watson, pero a lo español.

Volviendo al meollo de la cuestión, estaba redactando las conclusiones de un caso, con la única compañía del sonido de los fluorescentes del techo, cuando mi joven compañero irrumpió en mi despacho. El chaval estaba nervioso, lo podía notar en su trémula mano, la cual sujetaba un trozo de papel. No sabía qué era esa hoja rasgada, pero estaba seguro de que contenía algo inquietante. Tras arrebatarme a Castro el contenido de la mano, comencé a leer lo que ponía: “Algunos muertos no descansan. Usted tampoco lo hará”. Al instante levanté la vista, buscando alguna explicación en la cara de Rodrigo, pero él simplemente se encogió de hombros tan confundido como

yo. Volví a leer la nota varias veces intentando encontrarle algo de sentido, algo que pudiera encajar con algún caso que hubiera llevado, aunque sabía que no iba a ser tan sencillo. Aun así, fingí tranquilidad, guardé el papel en un cajón y le dije a mi becario que seguramente se trataba de una broma de mal gusto (de muy mal gusto, pensé para mis adentros). Le mentí porque fingir calma siempre era más fácil que reconocer que algo me inquietaba de verdad.

Aquella noche apenas dormí. La frase se repetía en mi cabeza como un ruido, mezclándose con recuerdos que creía olvidados. Tres años atrás había llevado uno de los casos más importantes de mi carrera, el asesinato de un joven a manos de Lucas Mateo, el hijo de un enterrador de Santoña. Era un caso aparentemente sencillo, quizás demasiado, pero por entonces no quise verlo así. Testigos, huellas, un motivo claro. Yo hice mi trabajo. Eso me repetí muchas veces después. Lucas fue condenado y enviado a prisión. No aguantó mucho tiempo hasta que se suicidó. Cuando me dieron la noticia, sentí una incomodidad muy difícil de explicar. Días después, vi al padre en el funeral, serio e inerte, con la vista fija en el ataúd, en cuyas entrañas yacía el cuerpo sin vida de su primogénito. Era bastante paradójico que el enterrador “enterrase” a su propio hijo. Nunca me miró y, en cierto modo, agradecí no tener que sostener su mirada.

Desde la aparición de la nota, los días comenzaron a llenarse de pequeños detalles extraños, los cuales fui descartando uno a uno para no pensar demasiado. Tierra húmeda en el felpudo al llegar a casa, la sensación constante de estar siendo observado incluso en lugares conocidos. Me repetí que solo era sugestión, que el cansancio a veces podía jugarlos malos pasadas. Pero, aun así, comencé a cambiar mis rutinas casi sin darme cuenta, saliendo a horas diferentes, mirando dos veces antes de subir al coche y durmiendo cada vez peor. Sin embargo, nada de eso sirvió.

Una noche, al salir de la comandancia lo vi. Estaba junto a mi coche, de espaldas y con una calma que me inquietó más que cualquier gesto violento. Cuando se giró no necesité que se presentara. Su rostro estaba marcado por la rabia, una emoción que se había estado acumulando durante tres largos años. En ese momento, me dijo que yo no había escuchado a su hijo, y antes de que pudiera responder sentí un golpe seco en la cabeza. Después, todo se volvió oscuridad.

Cuando desperté, lo primero que noté fue el olor a tierra mojada. Al abrir los ojos no vi nada, solo oscuridad, y al intentar moverme choqué con madera. No hizo falta pensar demasiado para entenderlo. Estaba dentro de un ataúd, enterrado, con el cuerpo muy rígido y el aire cada vez más difícil de atrapar. Por un momento pensé en gritar, preso del pánico. Sin embargo, mi lado más práctico me decía que no gastara aire, ya que no sabía cuánto tiempo estaría ahí, si es que conseguía salir en algún momento. Mientras intentaba respirar despacio, mi mente empezó a divagar saltando de recuerdos absurdos a pensamientos demasiado claros. Entonces entendí que aquello no era un impulso, sino algo planeado. El enterrador no quería matarme rápido, quería que entendiera lo que era esperar sin saber si alguien iba a venir a salvarte.

Mientras contaba respiraciones para no perder el control, noté algo duro contra el muslo. Al mover la pierna con cuidado reconocí la forma al instante, era mi móvil. El enterrador, aunque fue meticuloso con casi todo, se había olvidado de quitármelo. Con los dedos torpes los saqué del bolsillo y vi la pantalla encenderse. Gracias a Dios todavía funcionaba. Marqué el número de Rodrigo casi por reflejo, apenas pude susurrar su nombre y decir “ayúdame, estoy enterrado” antes de que la llamada se cortara. No sabía si lo habría entendido, pero esperé que fuera suficiente. Castro, que conocía cada señal de alarma en mi voz, entendió que algo iba muy mal, y pese a

que no podía devolver la llamada, usó la última ubicación registrada de mi móvil para localizarme. No fue algo rápido, pero por lo menos ya sabía dónde excavar.

A partir de ahí, todo fue lento y torpe, como suelen ser las búsquedas, pero por fin sucedió. Yo ya estaba empezando a perder la noción del tiempo cuando sentí unas vibraciones, primero suaves, luego más claras, hasta que los temblores se hicieron inconfundibles, seguidos de voces y finalmente de la luz, interrumpiendo la oscuridad.

No recuerdo salir del ataúd con claridad, pero sí el aire entrando de golpe en mis pulmones, el cuerpo reaccionando como si tuviera que aprender a respirar de nuevo y a Rodrigo llorando mientras me pedía perdón sin saber muy bien por qué. Mientras tanto, el enterrador seguía ahí, quieto, mirándome como si le hubieran estropeado algo sagrado. No intentó huir cuando se lo llevaron detenido, solo dijo que ahora ya sabía lo que era esperar.

No declaré durante varios días, no porque no pudiera sino porque quería enfrentarme a la idea que empezaba a tomar forma dentro de mi cabeza. Cuanto más pensaba en el caso, más claro veía que nunca estuve seguro del todo. Por otra parte, el enterrador fue condenado por secuestro e intento de homicidio.

Ahora escribo esto desde una cama de hospital, con el susto todavía en el cuerpo y sabiendo que hay errores de los que uno no sale impune, porque a veces, aunque te saquen de un ataúd hay cosas que siempre se quedan contigo.

Firmado: Shiva